

EL DIA

Montevideo. Marzo 4 de 1934.
AÑO III. N.º 75



El ocho del Club
Nacional de Regatas,
en los ejercicios de
training para las
Internacionales.



EL MINISTRO ARRIETA EN SUS ÚLTIMOS AÑOS

EL MINISTRO ARRIETA

Banquero, diplomático, gran señor...

ARMONIOSA al par que ejemplar e interesante figura la figura de Don José C. Arrieta, aquel compatriota que invistió por término no interrumpido de medio siglo la representación del Uruguay en la hermana república de Chile!

Llegó a tierra chilena en 1844. Era un niño que los padres, espantados del porvenir que pudiera reservarle Montevideo asediado por Oribe, enviaban tan lejos "en busca de un cielo más risueño".

Solo alguna carta de recomendación o poco más pudieron darle seguramente, pero en cambio aquel emigrado de 11 años (había nacido en San José el 4 de Marzo de 1833) llevaba el triunfo dentro de sí, a mérito de condiciones sustantivas que anidaban, latentes y oscuras dentro de su cabeza melancólica.

Formado solo, hora por hora y paso a paso, alcanzó por propia virtud las más envidiables situaciones económicas y sociales en una tierra extraña que alguna vez no fué la más propicia al extranjero.

Hijo de sus obras por excelencia, le cupo al Ministro Arrieta — ironía del Destino — entregar nuestra legación en Santiago al Dr. Juan Cuestas hijo, diplomático arquitectural e inútil, pero favorito de los dioses — verdadero Príncipe de la República — de carrera tan galopante que, según palabras de "El Siglo" de 1902, "ascendió en cuatro años de auxiliar de la Biblioteca Nacional a Plenipotenciario del Uruguay en el Congreso Panamericano de Méjico".

Banquero, financista, hombre de negocios, diplomático, gran señor, Arrieta hizo algún

aprendizaje de cifras en las oficinas de la Contaduría Mayor del Estado, en 1852, sin perjuicio de que frecuentase la facultad de Filosofía y Humanidades, de Santiago donde se bachilleró en el mismo año, y luego la de Leyes y Ciencias Políticas que le otorgó idéntico título en 1855.

En seguida fué agregado al estudio del Dr. Domingo Santa María — más tarde presidente de la República — para hacer la práctica forense, pero no llegó a concluir la licenciatura en derecho.

Cuatro años pasados — el 3 de Marzo de 1859 — el Gobierno de Pereyra lo designó Consul General de la República en Chile, comenzando así la que debía ser una larga y fecunda carrera.

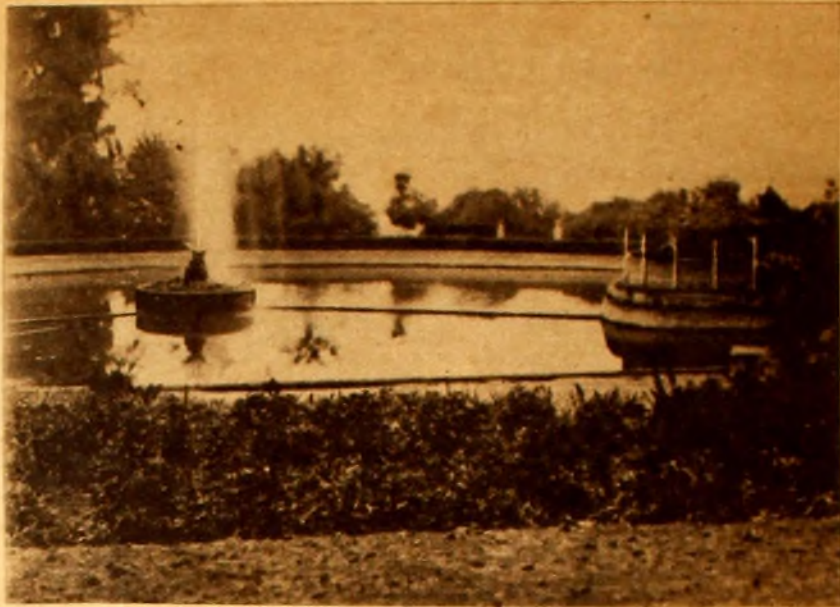
En 30 de junio del 71, el presidente Batlle lo elevaba a la categoría de Encargado de Negocios.

Con fecha 24 de Marzo de 1874, por decreto que firman Ellauri y Saturnino Alvarez se le promueve a Ministro Residente.

"Por convenir así a los intereses públicos" el General Santos lo nombró Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario el 10 de Junio del 83.

Con credenciales remontadas a tan lejos, nuestro Ministro mantuvo el decanato del cuerpo diplomático acreditado ante el Gobierno de la Moneda, desde 1892 hasta 1903, época en que de acuerdo con las prácticas protocolarias establecidas en todas las naciones católicas y con los precedentes habidos en Chile, Arrieta cedió el puesto de decano a Mons. Arrieta cedió el puesto de decano a Mons. señor Monti, representante de la Santa Sede.

Durante toda su vida diplomática desempeñó los cargos honorariamente, sin aceptar sueldos del Estado.



PESALOLEN. CASCADA Y FUENTE MONUMENTAL.

Paralelamente a estos ascensos en el escalón de nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores, el diplomático ascendía de manera todavía más brillante en su carrera particular.

Destacado por su actuación en una compañía de seguros titulada: "El Porvenir de las Familias", sus altos pensamientos económicos y su exacta comprensión del momento financiero lo llevaron a concebir y organizar una gran institución de crédito — no imaginada jamás en Chile — que se llamó "Banco Chileno Garantizador de Valores", que principió a operar en 1865 y cuyas acciones, llegaron a cotizarse, años después, con un 30 por ciento de premio.

Cuando Melchor Conecha y Toro, director del banco pasó en 1869 a ocupar el Ministerio de Hacienda, Arrieta vino a sustituirlo en la dirección.

Desde 1868 a 1870 — dice un biógrafo — en medio del recargo de sus ocupaciones, de los estudios e investigaciones a que tuvo que contraerse y las múltiples consultas a que debió responder, fundó y organizó las siguientes sociedades: Compañía Chilena de Depósitos y Consignaciones; La Bienhechora (Monte de Piedad y Caja de Ahorros); Teatro Chileno (sociedad anónima) y Sociedad Exploradora de las minas de carbón de Lota y Coronel.

Colocado en tal situación en el mundo de los negocios y poseedor de una gran fortuna personal no extrañará a nadie que la palabra y la opinión y la ayuda de Arrieta fueran frecuente y reiteradamente solicitadas.

El famoso Intendente de Santiago, Benjamín Vicuña Mackenna, lo nombra, así, en 1872 de la comisión encargada de reorganizar de modo completo las finanzas del Municipio, y en 1877 el presidente de la República Aní-

bal Pinto consulta con él — en confianza — sobre los planes de hacienda.

A esa colaboración aludía, indudablemente el General Máximo Santos, cuando en abril de 1822 se dirige a Arrieta diciéndolo:

"En conferencia particular con el señor Lastarria (Ministro de Chile en Montevideo) llegué a enterarme que Vd. había con su consejo salvado la situación financiera de ese país cuando se luchaba con el descrédito del papel moneda y que Vd. y solo Vd. fué quien resolvió el problema que tan justamente preocupaba la atención del Gobierno", para terminar solicitando de su probado amor a la patria dedicara su atención al estudio de nuestro problema financiero del momento y le hiciera conocer su dictamen.

Arrieta, casi a correo vuelto, envió al presidente Santos un memorandum de clarividencia extraordinaria, verdadero evangelio de buen gobierno y buena administración, en que comenzaba diciendo:

"Ante todo es indispensable la "confianza" en su acepción económica, la confianza que no se puede imponer y que es necesario inspirar.

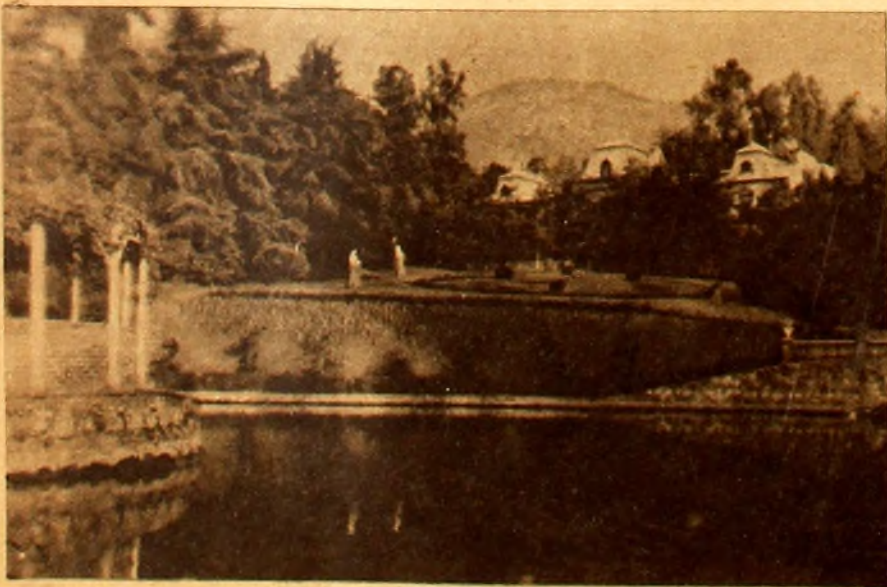
"Confianza en la estabilidad y en la marcha regular de las instituciones, en la estricta observancia de la Constitución y las Leyes y en el persistente respeto a todos los derechos..."

"Llamado a desempeñar los puestos públicos a los ciudadanos más aptos, más honorables, más idóneos cualesquiera que sean los partidos o los cfileulos en que hayan estado afiliados..."

¡Esto — rubor da decirlo — era ya en 1882 el programa gubernamental del Ministro Arrieta!

¡Esto por lo que llamamos hoy en esta fatal y lamentable hora de nuestra historia!

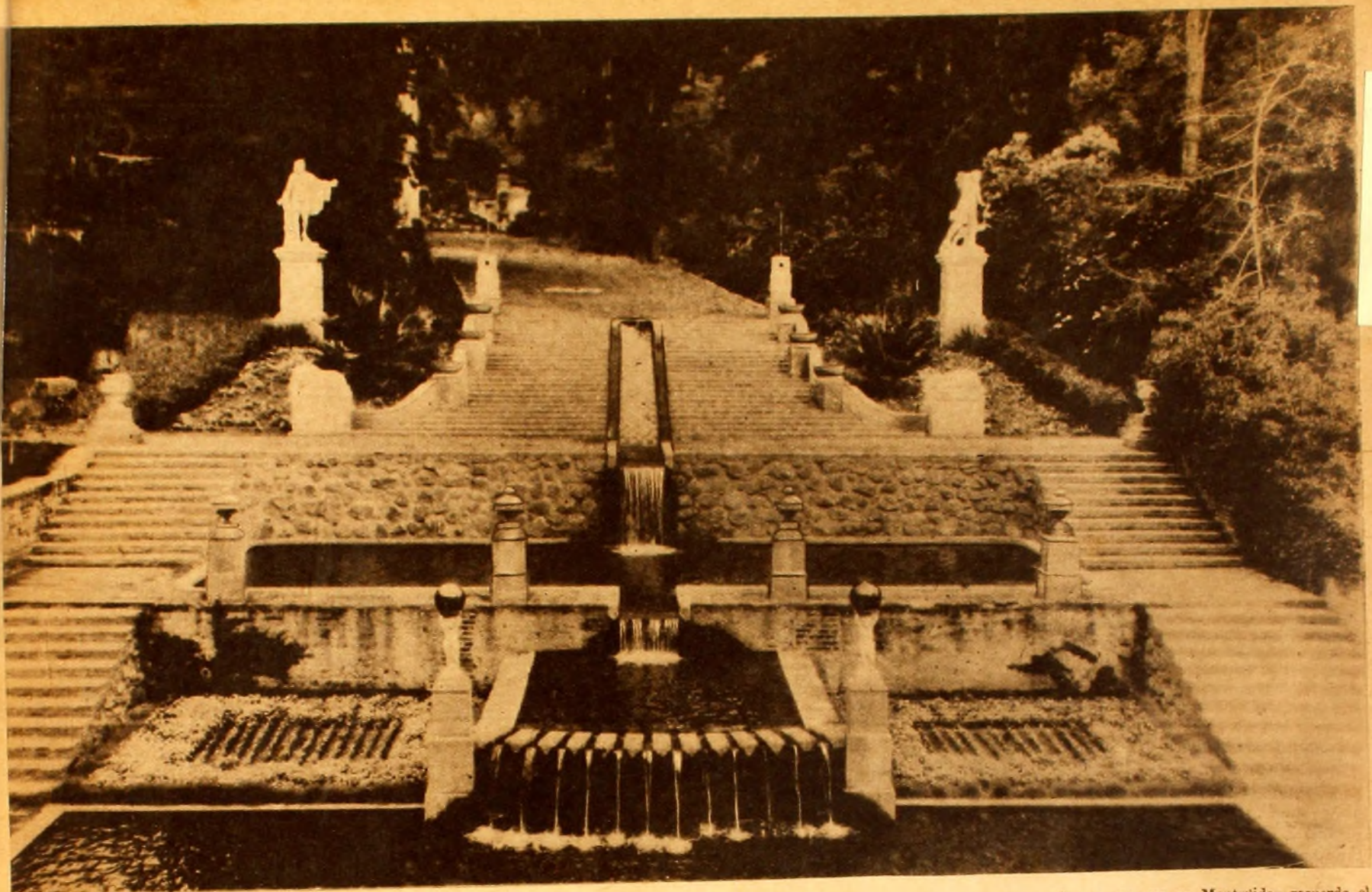
* * *



PESALOLEN. EL LAGO.



DON JOSE ARRIETA, MINISTRO DEL URUGUAY EN CHILE.



HACIENDA Y PARQUE DE PEÑALOLEN. ALREDEDORES DE SANTIAGO.
RESIDENCIA DE VERANO DEL MINISTRO. ARRIETA.

De pidiéndome al pie de la escalera de la casa señorial de Peñalolen, Don Luis Arrieta Cañas me dijo: "...y una vez en Montevideo recuerde el pequeño rincón de Uruguay que encontró en Chile".

Dr. Fernando Saldaña.

Esquemática la carrera administrativa y financiera de Arrieta, muy difícil había de ser esquematizar su destacada actuación en el medio político, social y diplomático de Chile, donde un número incalculable de vinculaciones lo ligó a los más trascendentales y variados sucesos.

En las difíciles negociaciones chileno-argentinas, por ejemplo, el protocolo relativo a la demarcación de fronteras de 1893, se suscribió en nuestra legación a mérito de la cooperación eficaz de Arrieta en el éxito alcanzado.

Dos años antes había tenido la más seria actuación en los días del suicidio del esclarecido Presidente Balmaceda.

"Para consultas y procedimientos en arreglo de intereses — dejó escrito el ilustre mártir en el memorándum íntimo y personal — dirigido a su esposa Doña Emilia Toro — consúlate con Vicente Reyes y con José Arrieta. Este tiene buen corazón y estoy seguro que los servirá con desprendimiento e inteligencia, cuando vea la situación de Vds."

En la carta dejada al Ministro Uribe, donde le expone su resolución de suicidarse hay otro párrafo tan sencillo como rebosante de dolor reconducido:

"Pida a Arrieta que es bueno y está cerca de los míos que cumpla con las obras de misericordia sin ceremonia ni acompañamiento alguno".

Cumpliendo el encargo póstumo de su amigo, Arrieta sacó oculta y de la legación argentina el cadáver de Balmaceda y lo hizo sepultar oculta y también en su panteón propio, para reservarlo de las turbas azuzadas por vencedores innobles e implacables, hasta que las pasiones se aquietaron.

Respaldo por tales antecedentes, no nos debe extrañar que en 1899 el general Benigno Carámbula en su nombre y en el de tres colegas suyos "generales traicionados en el último movimiento revolucionario del 4 de julio, solicitara su autorización para iniciar trabajos a fin de que Arrieta regresara al país "a servir de unión a esta familia desavenida por tantos años de luchas fratricidas, ocupando como es consiguiente el puesto más respectable de la vida pública".

Arrieta se excusó fundado en que su desvinculación política y su prolongada ausencia del país lo inhabilitaban en absoluto para aceptar cargos públicos internos.

Quedaría, a mi tío, trazar un perfil de Arrieta "gran señor".
La tarea menos fácil.
"Arrieta gran señor", hay que sentirlo en

Chile: frente al antiguo palacete de la Legación Uruguaya, en la plazuela del Teatro Municipal o en el "fundo" de Peñalolen, la magnífica residencia de verano en los alrededores de Santiago.

En aquel palacio se dieron fiestas de suntuosidad innitida, donde primaban la figura y la distinción de Doña Mercedes Cañas de Arrieta, digna compañera del Ministro.

Los banquetes, el anual del 25 de agosto, sobre todo, eran de magnificencia tradicional.

En uno de ellos, a los cuales se invitaba no solamente los representantes diplomáticos acreditados en Chile y sus esposas sino también los altos dignatarios del gobierno en el banquete extraordinario del 18 de Julio de 1884, los menús eran tarjetas de plata timbrada de 4 y media pulgadas de largo por 2 y media de ancho, doradas, que llevaban grabados el escudo del Uruguay y el monograma del Ministro, entre guirnalda decorativas. En una faja diagonal estaba impreso el nombre del invitado y en el reverso el menú.

Estas tarjetas, hasta el número de 30, fueron encargadas a Londres, costando una libra y media esterlinas cada una.

La hacienda y parque de Peñalolen, lo visité durante mi estada en Santiago, en Febrero de 1931, gentilmente invitado por su actual dueño Don Luis Arrieta Cañas, caballero hijo del Ministro, y conservo de esa visita una imperecedera impresión de belleza y de magnificencia, que renuncio a describir, dejando la palabra a las fotografías que ilustran mi cronica.

Un parque versallesco, un noble castillo europeo, con una biblioteca valiosísima, y un prestigioso mobiliario colonial...

Y así cerca el mas hermoso monumento que se podía elevar a la memoria del Ministro "La Fundación Arrieta", institución filantrópica civil cuyo patrono es su hijo Don Luis, y de la cual espero ocuparme en un artículo próximo.

Don José Arrieta, falleció el 10 de Agosto de 1911 en su chalet de Viña del Mar, casi octogenario.

Bien pudo, en su postrer instante, repetir, certificadas todavía con cuarenta años de hechos, las mismas palabras que, en 1869, escribía en una carta al Dr. Andrés Lamas:

"Aunque separado desde mi niñez y por largos años del suelo natal, soy siempre tan buen oriental como el que más".

Persistencia de amor a la Patria lejana, que no se extinguió con la vida del ilustre anciano.

BIEN PEINADO!



Distíngase por su cuidadosa presentación personal, secreto de tantos éxitos en la vida!

Friccione diariamente su cuero cabelludo con la famosa y exquisita Loción Colonia ATKINSON.

Vigoriza las raíces capilares, elimina la caspa y suaviza el cabello permitiendo un peinado perfecto que dura todo el día.

Su varonil perfume refresca, haciendo resaltar la pulcritud personal.

LOCION COLONIA

ATKINSON

PARA FRICCIONES



185 c.c. \$ 2.00
248 c.c. " 2.30

Venta en: perfumerías, farmacias y tiendas

Dos de los productos distribuidos por Mayon - Convención 1380 - Montevideo

PIRIAPOLIS



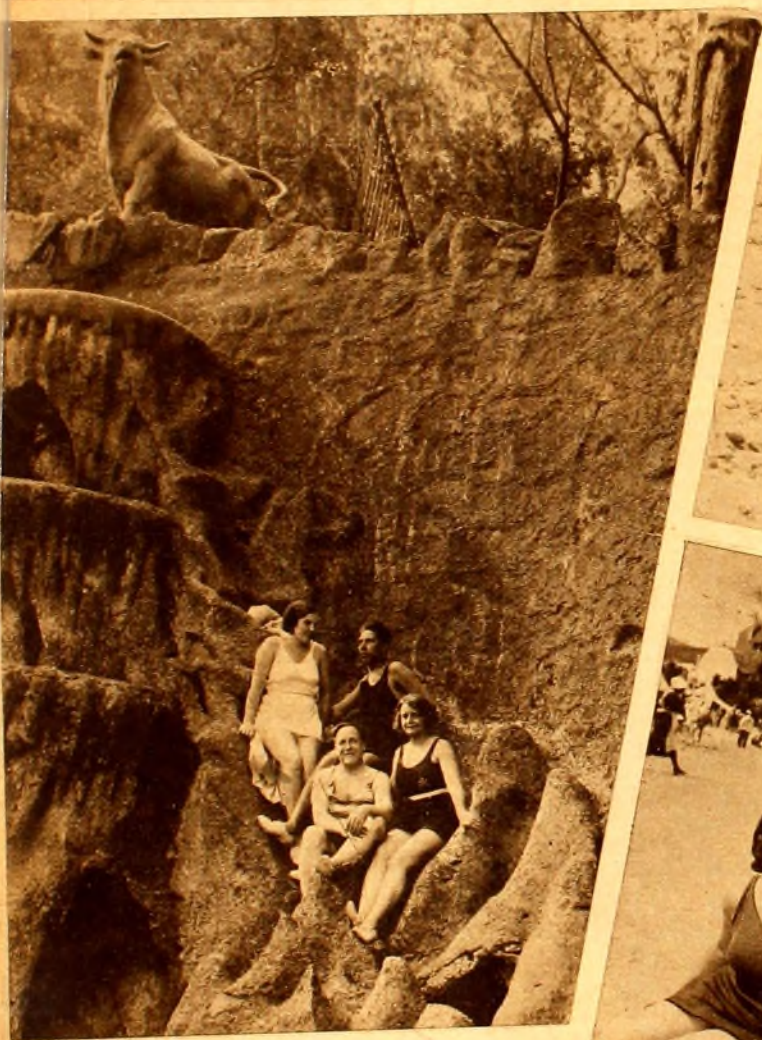
Recuerdo de Piripolis



*Estampas
del*

Balneario.





¡NO!
EXPERIMENTE
CON SU ROPA
¡MANDELA A UNA
CASA DE CONFIANZA!

**La TINTORERIA
Suiza**
BUENOS AIRES 579
AUTOMATICO 82144
● SUCURSAL GOES
GRAL. FLORES 2580
AUTOMATICO 24888

PROPIAL
ALTA

• Perfiles Sociales.



Sta.
Ivana
Capurro Castells.



Sta. Elsa Capurro Castells.



Sta. Delia Castellanos
Batchevorne.
fotos por Frangella hnos.

FRENTE AL MAR

Por Emilio Trías Du Pré

La flecha transversal del horizonte
ha dejado una estela de neblina,
y asombradas las olas se modulan
con un ritmo de lentas resonancias.

Se desnuda en la orilla la marea
para andar, mar adentro, perezosa...

Estoy solo frente al mar...

Vagabundo soñador, ¿por qué te aduermes
en los brazos de este cósmico portento,
como un niño, que perdido ya ha agotado
el consuelo de sus lágrimas de ruego?

Estoy solo frente al mar, pero presiento
la caricia de un poema...

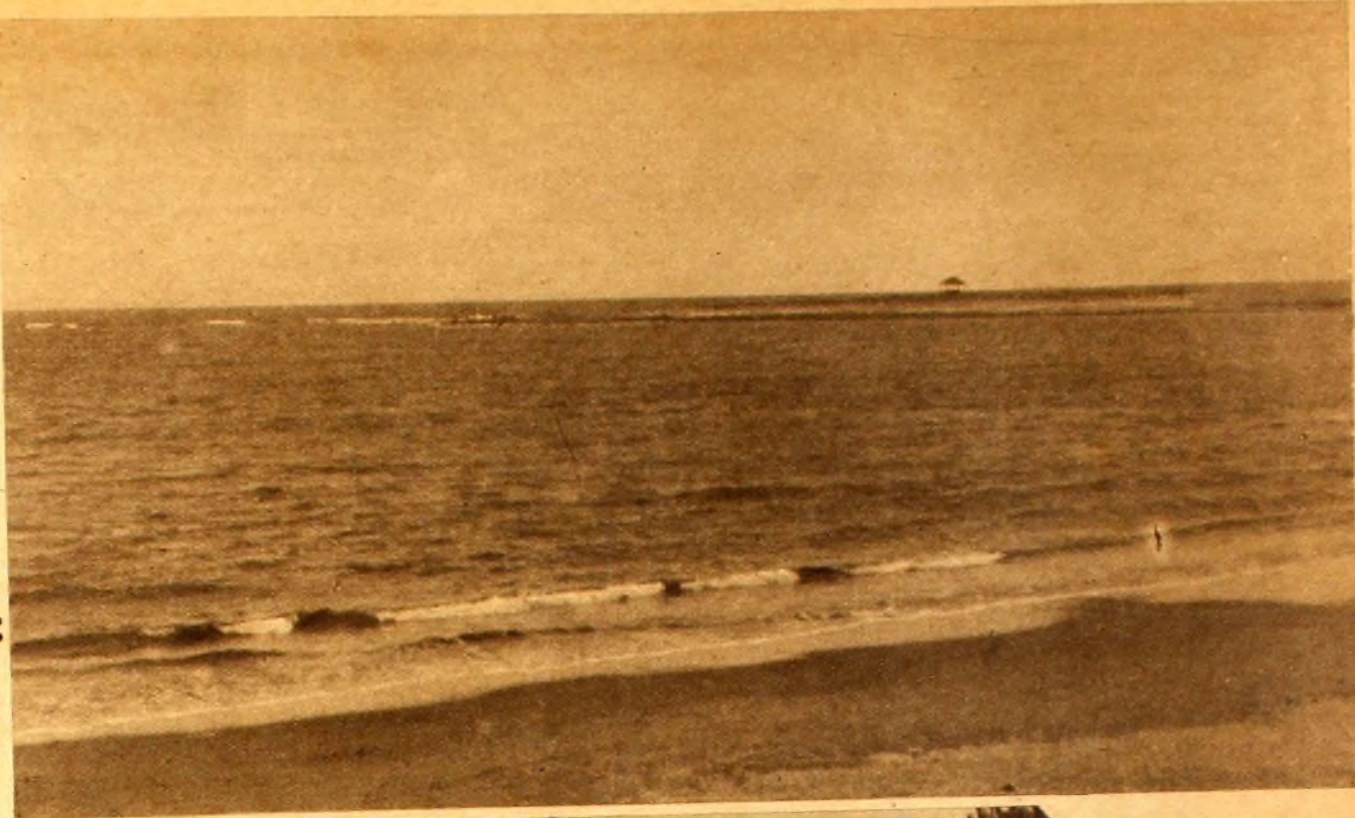
Frente al mar se me aquietan las jaurias
y vislumbro en el sendero,
un remanso con el musgo del ensueño,
y en el nido del recuerdo
una mano, blanca y tibia, que me llama...

LA PALOMA, 1934.

Emilio Trías Du Pré



EL DIA



FRENTE AL MAR



OTRA VISTA DEL
PARQUE ANDRESITO



LAS CASILLAS



PARQUE ANDRESITO

Si Vd. tiene **CANAS**
es porque quiere

Las canas le enveje-
cen antes de tiempo

El agua de Colonia
"LA CARMELA"

devuelve al cabello su color natu-
ral exacto: rubio, castaño o moreno
dejándolo sedoso y brillante.
Se usa como loción al peinarse

PRECIO del FRASCO GRANDE \$ 3.50
PRECIO del FRASCO MEDIANO \$ 1.90
EN FARMACIAS Y PERFUMERIAS



AGENTE EXCLUSIVO
EN EL URUGUAY
J. NAVARRO
URUGUAY 842
MONTEVIDEO
U.T.E. 80636

AGUA DE COLONIA
"LA CARMELA"

El General San Martín en Montevideo



GENERAL JOSE DE SAN MARTIN. — NACIO EL AÑO 1776. — MURIO EN 1850

HACIA pocos días que flameaba en los mástiles de Montevideo, la primera bandera oriental de nueve listas azules sobre fondo blanco.

Las tropas portuguesas habían empezado a evacuar el territorio nacional. En esos días de júbilo para los uruguayos, el vigía del Cerro anunciaba la llegada del flamante vapor inglés "Chichester" a cuyo bordo venía el General José de San Martín.

La ciudad se vistió de fiesta para recibir con todos los honores al vencedor de Maipo, Chacabuco y San Lorenzo que llegaba en calidad de huésped ilustre.

Personalidades y pueblo se apresuraron a dar la bienvenida al visitante y la clásica hospitalidad española se puso de manifiesto, para hacer agradable la estadía del Libertador en el solar patrio.



PLACIDO ABAD

El General SAN MARTIN
EN MONTEVIDEO

El General Rondeau, Gobernador Provisorio puso a sus órdenes al Capitán Hermenegildo de la Fuente.

Los Generales José Rondeau, Fructuoso Rivera, Juan Antonio Lavalleja, Eugenio Garzón, señor Gabriel A. Pereira y canónigo Pedro P. Vidal se desvivieron en atenciones para con el General San Martín durante su visita a Montevideo.

El Uruguay debe reconocer siempre de que el héroe de los Andes se detuviera un día en la Capital, pues, así habrá evidenciado que los orientales eran los mismos amigos que le habían batido palmas, cuando obtenía sus lauros inmortales en San Lorenzo, Chacabuco y Maipo.

Después de haber estado el 13 de febrero de 1829, día de la llegada, habían transcurrido, cuan-

do el General San Martín concibió la idea de una Guerra pidiendo su auxilio.

El Gobernador Pío Rosales a este Gobierno, todo el auxilio. Dado.

El General Rivera, motivo de su regreso, nombre, mi amistad.

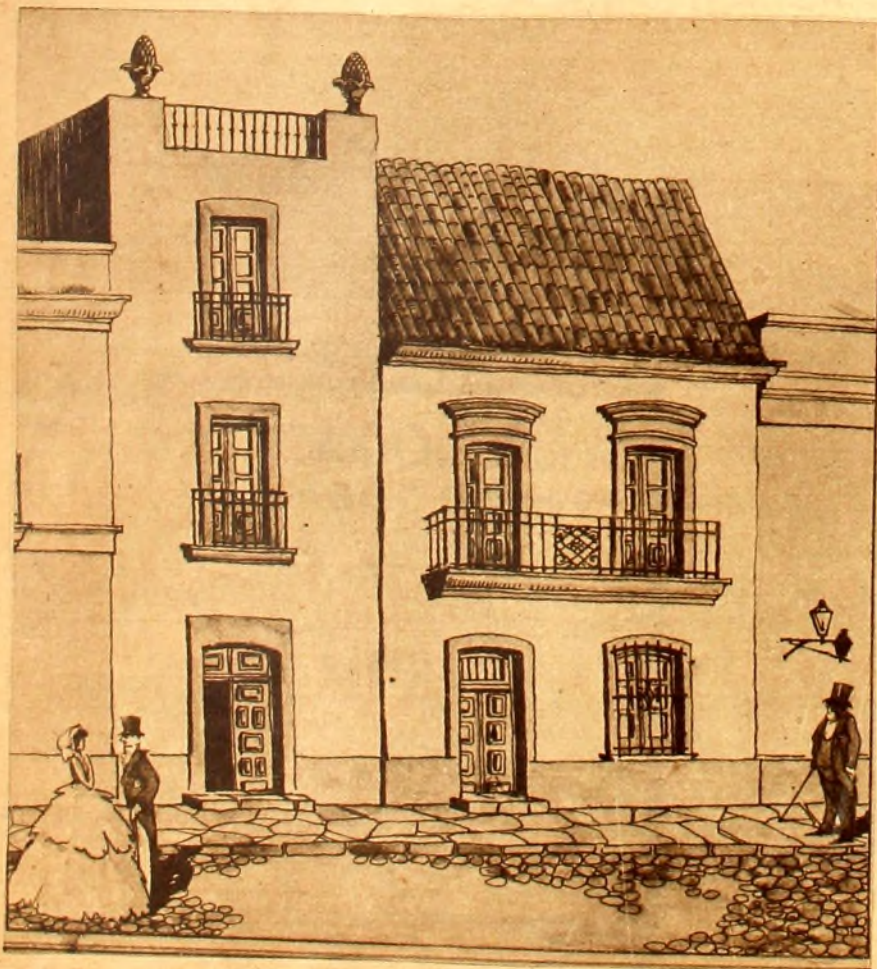
El 17 de abril, usted sabe, tengo que suelo debo expresar que tanto quiero. — José de San Martín.

Ya en Europa, ta siguiente: Faltaba bramiento a la Presidencia de felicitarlo por su experiencia y sobre todo, ne, no proporcione amarguras y ansiedades.

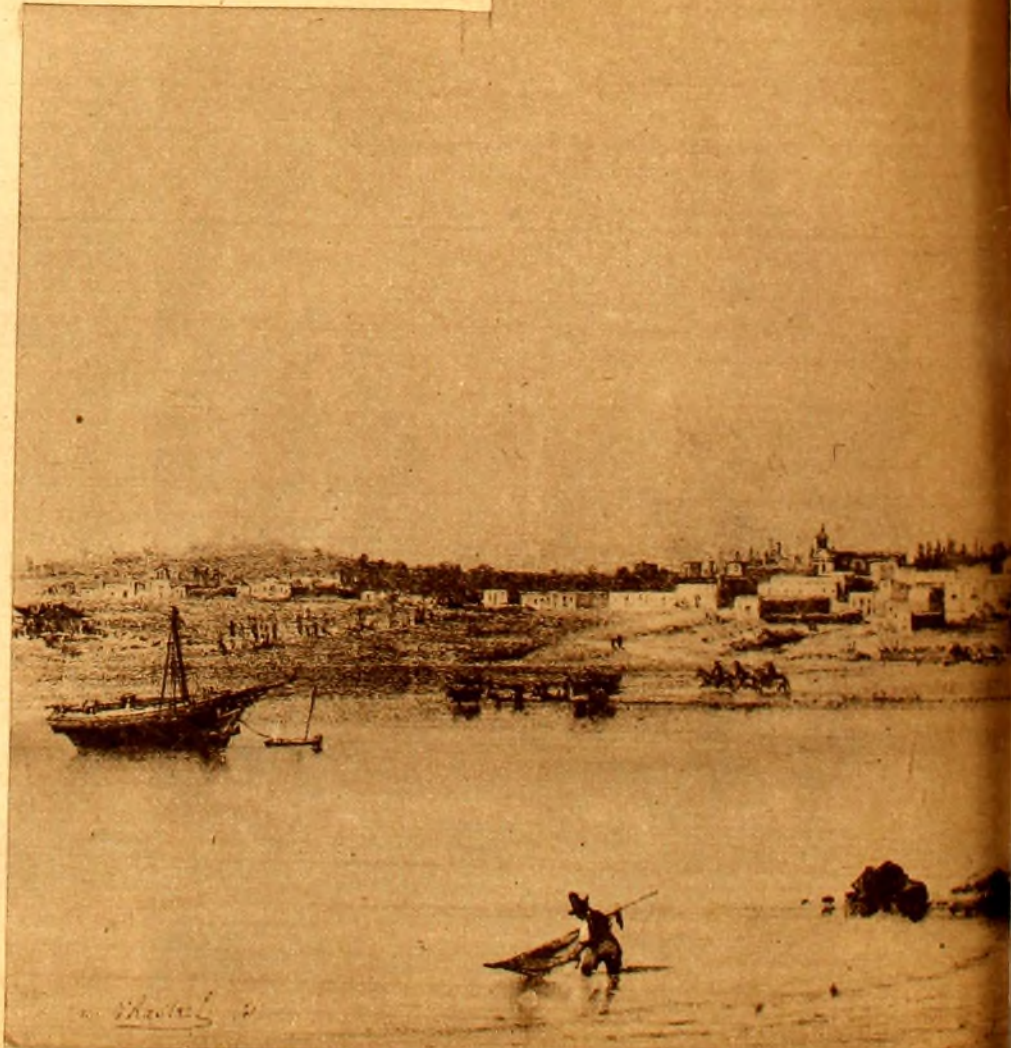
El puesto que general, ha ocupado en la prensa y un honor a sus sados hacia un hombre usted tantos servicios a Patria.

Deseo, señor General, sea muy feliz y que lo acompañe en su viaje. José de San Martín.

El General San Martín en 1850 — sin haber cumplido su promesa de ir al Río de la Plata.



CASA DONDE HABITO EL GRAL. SAN MARTIN — SITUADA EN LA CALLE SARANDI — JUSTAMENTE EN EL SITIO QUE OCUPA EL CLUB URUGUAY



Ocupada la ciudad por las tropas imperiales, la Asamblea Legislativa y las autoridades se habían instalado en la Aguada. — Grabado de la Playa — por D'ASTREL

1



ACTOR TRAGICO GRIEGO INTERPRETANDO UN PAPEL FEMENINO

Lección de máscaras.

Adrián Gual.

HABIAMOS oído hablar tanto habíamos leído tanto acerca de la máscara griega, que llegó un momento en que nos creímos obligados a llevar nuestras investigaciones más allá de lo oído y lo leído, acogiéndonos a los beneficios de la propia experiencia.

Cuando en el transcurso de nuestras lecciones adivinábamos en el rostro del alumno cierta confusión, a pesar del esfuerzo que realizábamos para convencerle de la razón de ser de aquel artefacto usado por los actores helénicos; cuando nosotros mismos, en continuo contacto con elementos de comprobación para llegar al convencimiento de su eficacia, no nos atrevíamos a confesar las dudas que atormentaban a su respecto, nos pareció llegada la hora de realizar por propia mano, aquello que en el terreno de la teoría y de la referencia anecdótica dejaba muchos interrogantes en suspenso.

Sabíamos, de la máscara usada por los intérpretes del teatro griego, buena parte de lo



ACTOR GRIEGO INTERPRETANDO UN MONARCA



MASCARAS TRAGICAS

que han llegado a saber todos los que leyeron autores especializados en la materia, muchos de ellos propagadores de lo que otros revelaron, por completo alejados de lo palpable, y, como tal, propio a despertar dudas.

En el origen de la máscara muchas cosas relacionadas con las fiestas dedicadas al culto de Dionysos, y nos las presentaban como perfeccionamiento de un rudimentario maquillaje diluido en vino nuevo así como de aquellas barbas confeccionadas con pelos de cabra cogidos al azar.

Aprendíamos de los comentaristas más autorizados que, así y todo, aunque encubierto, no abandonan jamás el supuesto de sus asertos, que fué Thespis el que implantó la máscara a imagen de la fisonomía humana.

A partir de esta revelación, sabemos que las máscaras fueron de tela blanca y sin pinturas; que la máscara trágica se perfeccionó rápidamente, y que a ello contribuyeron no poco Choerilos y especialmente Phrynichos, al cual se atribuye la introducción de las máscaras femeninas.

Pero cuando nos han dicho estas y otras cosas relacionadas con el origen de la máscara griega, no falta quien, amparándose en un fragmento de Horacio, nos descubre que el verdadero inventor de aquella fué Esquilo; pero, seguidamente, los que no transigen con esta afirmación, únicamente conceden a aquel autor trágico el perfeccionamiento que aportó a la máscara, dotándola de elementos politeros que permitieron marcar en ella rasgos patéticos y sobrehumanos, hasta entonces ajenos a su uso.

Y sabemos también que la forma definitiva que Esquilo impuso a la máscara trágica sirvió de norma para la confección de la satírica y la cómica.

Así y todo, nos hallábamos a menudo poco explícitos ante nuestros alumnos en cuanto al verdadero uso práctico de la máscara, y se nos ocurrió reconstruirla, para salirnos de dudas.

Instruidos acerca de la materia de que se echó mano para su confección, "tela, a veces de madera de poquísimos gruesos y, por encima de ella, una capa de yeso", creímos que

todo ello equivalía a la pasta de cartón, a la que acudimos para moldear los originales realizados de antemano, si bien incorporando a su contenido elementos que la convirtieran en materia dura sin merma de su ligereza.

La máscara contenía asimismo una cobertura superior donde se esparcía la peluca, y que a manera de casco, como acertadamente nos reveló Navarre, se asimilaba por completo al eráncio, del cual la faz, o sea la máscara, constituía la visera que en los momentos de descanso se echaba hacia atrás.

Pero la máscara ofrecía tanto ventajas como inconvenientes, y de ello nos daríamos cuenta por el hecho de realizarla.

Si de una parte anulaba el juego fisonómico de los actores, de otra parece ser que conjuraba las dificultades ópticas creadas por la

distancia enorme que separaba al actor de los espectadores, y al propio tiempo, llegados al punto de confeccionar tantas máscaras como caracteres exigidos hacía posible que un mismo actor desempeñase varios papeles en el transcurso de una sola representación y que, excluida la mujer del teatro, los pertenecientes a las damas los realizaran hombres.

Si, además, no olvidamos que los rasgos afines a aquellos caracteres podían ser interpretados sobre la máscara con exagerada acentuación, reconoceremos la conveniencia de la máscara, especialmente en aquellos amos y en aquellas circunstancias.

Pero, además de estas ventajas, otra, según afirmación de Aulu-Gelle, viene a confirmar su utilidad cuando se refiere a sus oficios de "alta-voz", asimismo conciliadores de la dis-

tancia, por donde echamos de ver la inconveniencia de las exageradas cavidades de sus bocas. Este punto fué toda nuestra preocupación; pues si los ojos de la máscara coincidían, como parecía lógico, con los del individuo que la usaba, la boca de aquella quedaba poco menos que debajo del arranque de la garganta y la voz se ahuecaba, al punto de no percibirse, y fué entonces cuando vinimos a descubrir que el actor imitaba y hablaba a un tiempo por la cavidad de la boca y que, así, la máscara resolvía los efectos de una compleja caja armónica debido a la cavidad arredondada que recogía la voz para lanzarla inmediatamente enfocada y reforzada a los confines de la escena.

Fué entonces cuando, reproduciendo máscaras existentes en pinturas murales, en mosaicos y esculturas de la época, hicimos modelar estas que muestran nuestro artefacto, pertenecientes a los tipos de "tragedia", "comedia vieja" y "comedia nueva".

Una vez en nuestras manos; una vez experimentada su utilidad sobre el propio individuo; cuando nos dimos cuenta de que no andábamos desacertados en cuanto a la emisión de la voz ni a la visibilidad exigida, no pudo menos de confesar que nos creímos autorizados para pensar que habíamos realizado algo positivo y de una gran eficacia pedagógico-teatral.

Pero quisimos todavía llevar más allá nuestra investigación, y así mismo, auxiliados por documentos fidedignos, hicimos confeccionar dos trajes teatrales con su especial "poikilón"; con mangas exageradamente largas; decorados con "broderies" y cenefas que en nada se ajustaban a la verdad histórica y que, así y todo, constituyeron un tipo especial de indumentaria: "la trágica".

Como puede verse por las ilustraciones, no prescindimos del "coturno trágico" adoptado en la forma que se muestra para dar una mayor elevación a la figura, puesto que todo tendía a conciliar la distancia que existía entre el proscenio y los espectadores. Una de estas indumentarias se inspiró en un marfil existente en el museo de Bellas Artes de Pa-



MASCARAS DE LA COMEDIA NUEVA



MASCARAS DE LA COMEDIA VIEJA

ris, y la otra, en la reproducción de un mosaico que se exhibe en el museo del Capitolio de Roma.

Va sin decir, que los resultados de esta ex-

periencia fueron en todo sentido interesantes. Ver y tocar las cosas; experimentar sus efectos; darse cuenta por sí mismo de sus excelencias o de sus inconvenientes, constituye

siempre una lección muy difícil de olvidar.

Estas máscaras forman parte del museo de la escuela de teatro de mi dirección, y así, nuestros alumnos, lo mismo que Théodoros y

Esquilo, han vivido momentos sujetos a sus rigores y amparados de sus excelencias.

Y creímos dar, con nuestros experimentos, una positiva lección de teatro.

Teatros



LOS NUEVOS:

Jacques
Dapoigny

Un rasgo común de los autores dramáticos franceses surgidos después de la guerra, es la finura con que analizan las primeras reacciones provocadas por el amor en el adolescente. Las obras escritas por ellos con ese tema, parecen concienzudas y delicadas introspecciones, por lo cual ha podido calificárselas de revelaciones autobiográficas.

En el grupo corresponde incluir la comedia en tres actos "Comment l'esprit vient aux garçons", título de traducción difícil, pues lo mismo puede expresar "Cómo nace la conciencia en los adolescentes", que "De qué manera se avivan o se vuelven inteligentes los muchachos". Para dar idea más exacta de su significado, se necesita referir, siquiera sea en líneas generales, el contenido de la comedia.

En un castillo de Normandía vive, desde hace un año, un muchacho de no más de diez y seis, llamado Nat y nacido en California, de donde lo ha traído, para educarlo en Francia, su tío, noble de la comarca.

Nat pasa sus horas libres en un rincón casi silvestre del viejo parque, en contacto con la naturaleza que él siente y a la cual interpreta con imaginación de poeta. El castellano ha confiado la instrucción del muchacho al cura del lugar, hombre anciano, con ciertas luces pero en el fondo ingenuo; recomendándole que le enseñe — y entre los conocimientos, el latín especialmente — pero que no lo eduque, pues quiere que sea aquél un hombre sin prejuicios de ningún género, que tenga más tarde una noción propia sobre la vida.

Con todo, el aislamiento de Nat no llega a soledad. Precisamente acaba de conocer el muchacho a una vecina, Susana, linda mujercita de treinta años, casada con un industrial absorbido por los negocios; y se han hecho camaradas. La juventud de Nat, su candor en ciertas cosas, al par que su vehemencia voluntariosa y por momentos pueril, conquistan a Susana. Ambos pasan las horas en el perdido rincón del parque, donde el muchacho ha construido una pequeña y rústica casaca de mano propia; se narran cuentos y Nat exalta las bellezas del paisaje y describe a su compañera los sueños paganos — de ninfas y silenos — que le inspira un busto en mármol, reproduciendo a un sátiro, que adorna el lugar.

Naturalmente esos sentimientos de camaradería no tardan en ceder su sitio a otros menos desinteresados. Nat, a pesar de su ingenuidad, nota pronto los encantos físicos de Susana y entre bromas y veras lógicas progresivas concesiones de la dama. Conoce, así, un estado de ánimo nuevo, de exaltación continua, que no consigue modificar un primo de Susana, sujeto frívolo y tonto, con la confesión de sus desengaños de amor. Bajo ese prisma, todo lo ve, Nat, como una manifestación del amor, predisposición que el autor de la comedia ha aprovechado para escribir una de sus escenas más hermosas, la final del ac-

to segundo, en la cual, mientras Nat da su lección de latín al buen sacerdote, observa cómo hacen el amor dos insectos y descubre que el verbo amar es algo más que un verbo, es casi un poema.

Pero llega, también, la hora de la revelación para Nat. Susana se le ha rendido con armas y bagajes, como quien dice. Y desde ese instante, el muchacho cambia con ella; se vuelve reservado, taciturno, triste. La apasionada Susana no sabe qué pensar. ¿Es que se ha desilusionado, ya, del amor o, acaso, de su cariño? Apremia al joven amante con toda la artillería de la seducción femenina, pero no lo enardece. La escena — broche del tercer acto y de la comedia toda — merecería transcribirse íntegramente, como lo merece la otra señalada más antes, pero lo impide su extensión. Susana quiere besar a Nat y éste se resiste: Susana — ¿Pero no comprendes que sólo existe esto, la alegría de hallarnos aquí uno junto a otro? Nat — ¡No, Susana! Su-

sana — ¿Pero qué tienes? Estás temblando. Nat — (desprendiéndose) Necesito decirte algo, Susana. Susana — ¿Qué? — Nat — Había jurado no decirlo. Susana — ¿Y entonces? Nat — Pero se lo diré. Susana — ¿Tan grave es? Nat — ¡Ah!, sí: grave, grave... Susana — ¿Dios mío! Nat — (a distancia e inmóvil) Susana, la quiero (Susana queda desconcertada durante un segundo; luego rompe a reír).

Para facilitar aún más la comprensión de la comedia, necesitaríamos referirnos con alguna propiedad a las conversaciones sostenidas por otros de sus personajes, como ser el tío de Nat y el cura. Porque lo que en el fondo de esta pieza se debate, es una concepción pagana de la vida opuesta a la cristiana. Aquella se manifiesta en el amor de Susana, puramente sensorial, y en las opiniones y consejos que da a Nat, su tío. La cristiana, en las palabras reticentes y en los circunloquios con que el sacerdote contesta las preguntas de su discípulo sobre el tema. Nat vendría a ser, así,

un sujeto de experimentación. Los resultados, ya se han visto; conoce el adolescente el amor de los sentidos; satisfecho, el deseo de transforma en cariño, en verdadero amor. Es decir que se produce en Nat un proceso de espiritualización del instinto. Y claro está, apenas conoce el amor bajo ese aspecto, Nat empieza a sufrir...

Comedia delicada, toda matices, desarrolla, bajo formas de frivolidad elegante, deliciosa, un tema que no se atreverían a tocar muchos filósofos. Y el mérito principal del autor consiste en eso, en referirse como jugando, a cosa de verdadera trascendencia, si es que no consiste en la descripción tan elocuente de ese adolescente medio salvaje que conoce antes los gozos del amor, que el amor mismo.

Hay algunos atisbos de Francois de Curel en la comedia, siquiera sea en lo sensible que parece ser su autor a los encantos de la naturaleza. El nombre de éste es Jacques Dapoigny. La comedia fué estrenada en Mayo del año pasado, por los elementos del Théâtre "Aide et Protection".

H. C.



FELIX GAMBONE (MODAS)

Elegantes modelos TERCIOPELO

de SEDA, gorros, boinas,

gachos y pescador a \$

1.90

EJIDO 1327, (casi 18 de Julio)



*-Chevalier
el
nuevo
astro*

*Baby
Leroy*

S

E habla siempre de simpatía al referirse a Maurice Chevalier, con un poco de simpatía de razas, el gran actor latino está más en relación directa con el público latino. Cuando se llegó a la conclusión de que éste era algo más que un canzonetista, hubo que buscar la razón del éxito en alguna forma.

Y algunos críticos se vieron abocados a justificarlo por el simple atractivo de la sonrisa de París. No es sólo esto, en Chevalier hubo, desde "El desfile del amor" un artista que no imaginaban sus admiradores de la escena, ni aquellos que alcanzaron a ver sus primeras películas al lado de Mistinguett. Si el actor se ha repetido mucho, debióse esto principalmente al afán de los productores en hacerlo cantar sin ton ni son, tal como ocurre con muchos otros actores que posiblemente serían interesantes, y a los cuales no se puede ver por el abuso que hacen de sus cualidades vocales. Llegó un momento en que esa especie de personaje americano, vestido con espíritu europeo, no salió de lo suyo y naturalmente fatigaba.

Pero ha bastado muy poca cosa para demostrar que Chevalier es un artista: agregar al reparto de su nueva película la presencia de un bebé extraordinario, el astro de veinte meses Baby Leroy. "Cuento Nocturno" es la agradable película de Norman Taurog, que viene a mezclar lo picaresco y lo tierno en nuestras pantallas repletas de retorcidas experiencias matrimoniales, de aventuras policíacas y diálogos interminables; ese nuevo film cuyo éxito, por grande que sea, estará siempre justificado, viene a revelar varias cosas: que Chevalier, ante todo, en trance de peligrar como atracción máxima de una película construida para su lucimiento, supo emplear hábilmente sus cualidades.

El comediante conoce siempre el efecto que causa un chiquilín gracioso ante el auditorio femenino. Y si ese chiquilín, además de gracioso tiene un papel importante en la obra y puede representarlo a maravilla, mucho debe hacer el profesional, el experto en la ficción para atraer a sí algo del interés de la sala.

El contraste entre un bebé de veinte meses y un actor consumado es demasiado evidente y máxime si a su lado se encuentra un rostro de expresividad magnífica, de esa admirable ductilidad de los niños del cinematógrafo americano.

La actuación de este personaje en la película es de capital importancia. De allí que el haber conseguido lucirse en la alteración de la nota escabrosa con la ligeramente sentimental sea todo un triunfo para el artista y una demostración de la realidad de sus valores de intérprete completo.

Hay en la nueva película de Norman Taurog, director acostumbrado a tratar intérpretes mudos, momentos dignos de una película de Lubitch.

Sobre situaciones simples, con expresiones simples también como corresponde a su lenguaje, a veces de intención dudosa, el realizador ha obtenido efectos cómicos de acierto pocas veces logrados. La preocupación del mujeriego abocado a los grandes problemas de una paternidad insospechada ha dado margen a escenas donde se juega con las sorpresas y con sus complicaciones en forma habilísima. Tiene, además, frescura, color humano imposible de encontrar en las producciones de su origen y un poco del tono sentimental, agudizado por la presencia de ese maravilloso niño, que sabe tanto de la humanidad por ser tan niño y por no tener todavía las complicaciones de la edad del gran actor latino.





Río de Janeiro, 1934

músculos.

CUANDO la mujer huyó a Pernambuco, con un soldado del 49, el viejo Manuel Lucas, pobre marinerito al cual la edad no lo dejaba ir más a la pesca, se fué a vivir en compañía de su pequeña hija, la Rosa, a una vieja casa abandonada, más allá de Mucuripe, casi al pie del faro.

En torno de la choza se extendía la costa, alta y desierta, donde algunos arbustos crecían con dificultad; un par de cocoteros, al lado mismo de la choza, abrían en el aire sereno su abanico de hojas amarillentas. Delante se erguía la colina escarpada de una blancura cegadora, paralela al océano, de tal manera, que el camino hacia el poblado quedaba entre la colina y el mar, a una pequeña distancia una del otro. Hacía el medio de ese trecho angosto, allí donde la colina avanzaba más hacia las aguas, negreaban imponentes arrecifes, recubiertos de algas verdosas, resbaladizas, abiertas en pozos de agua, donde se juntaban los mariscos. En la marea llena, embistiendo contra la roca, las olas bloqueaban los arrecifes y cortaban todo camino, en tal forma, que muchas veces, habiendo salido por la mañana, el viejo no podía regresar a su morada por la noche. Y la hija quedaba allí solita, oyendo apenas, a su alrededor, eterna, la voz solemne del mar, siempre rugiente en la noche. Otros días, al veritificar que la marea crecía, apresuraba el regreso a la choza, cuando las olas alcanzaban su furia mayor. Entonces, todos le mostraban el peligro a que se exponía.

—¡Mira que al mar no es cosa de juego, Manuel...!

El, sin embargo, en su torpeza de viejo, hacía un mohín y rezongaba:

—¡Oh, yo conozco el mar y él me conoce...!

Y seguía.

Los otros se encogían de hombros y auguraban desgracias.

“Diablo de viejo terco: cualquier día las olas lo llevan”. Y ese augurio fué creciendo, cuando cuerpo, como una sentencia irrevocable. Un día sí, otro también, creían que iban a dejar de verlo en la playa, seguros de que lo había arrebatado el mar. Cuando tardaba en aparecer en la barriada, no faltaba quien lo buscara mirando curiosamente el pedazo de tierra donde el mar batía fieramente. Pero, al final, surgía siempre, apoyado en el pequeño palo grueso, yendo de casa en casa, pidiendo continuamente “una moneda para luz y una copa de pescado para la cena” — petición a la cual todos respondían, pues los pescadores son generosos y francos como el mar millonario que les abre sin cesar su seno fecundo.

Por la tarde, después de recorrer todo el poblado, Manuel se dirigía hacia la playa, a la hora que llegaban de la pesca las “jangandas”.

—Juan, ¡quiero darme un pescado, para comer...! — Y después de tomar los pejerreyes que el otro le arrojaba desde la barca, guardaba todo, apresuradamente, en su bolsa, con un gesto de avaro, mientras musitaba un “Dios se lo pague”.

Otras embarcaciones ganaban la playa, la vela encorvada y mojada, cara al viento la proa. Llegaban así viniendo a la ola orgullosa la “Milagrosa” de Lucio, la “Santa María” de Raymundo Marinero, la “Flor del Mar”, de Gonzalo Alves, la de José Batista, que tenía por emblema al sol. A poca distancia de la playa uno de los tripulantes saltaba de la barca y con agua hasta los muslos, bajaba de la embarcación con una cuerda. El agua entraba en las cestas cargadas de pescado, inundaba el bote, ladeándolo sobre la arena, mientras el hombre, a tirones, auxiliado por sus compañeros, que empujaban la embarcación por la popa, la llevaban hacia la playa seca, para después hacerla rodar sobre los remos, puesto como rodillos, en un poderoso esfuerzo de

Al fin, cuando la noche caía rápidamente, el viejo iniciaba el camino a su casa: El cielo tomaba ahora una tonalidad de perla en el ocaso teñido aún de oro. El mar azulado, extendía siempre sobre la playa sus olas espumosas. Lejos, en la ciudad, brillaban luces. La torre rojiza del faro, al otro lado, refulgía a intervalos, expandiendo una raya de fuego. Agachados en la arena, los pescadores se ocupaban en salar la pesca. El rumor de las gentes desanimaba a algunos. Los cerdos hozaban la tierra, en busca de agallas de pescados abandonados. Las casitas del lugar, pequeñas y bajas, tenían un aire pintoresco de estrellas.

La hija del pescador, después de algunos años, se hizo mocita, una morenita hermosa en extremo. Sola como vivía en aquel desierto alejado, bajo el amplio cielo, al pie del mar infinito, la vida era para ella eternamente igual: Plena de energía y de deseos, asistía con odio al paso de los días, siempre iguales y siempre muertos. Su único placer consistía en hacer correrías por las rocas de la playa, ligera de ropa, los brazos rollizos al aire, persiguiendo a los pajarillos en la orilla del mar o pescando mariscos entre las piedras. Algunas veces, de pie sobre las dunas blancas, permanecía hierática, con los brazos cruzados, con la mirada perdida en la lejanía, en la línea del horizonte, en la que se dibujaba lentamente la silueta negra de algún navío que despedía densas columnas de humo. Otras veces eran las velas blancas de las embarcaciones pesqueras o de las barcas de la costa las que llamaban su atención durante horas y horas. Y las contemplaba con el sentido alejado de la realidad, puesto en el más allá, hasta que se perdían en la distancia, como alas de aves marinas que eran. ¡Qué deseos de aventuras llenaban entonces su mente atibetada, soñando con veleros rápidos que la llevaran, un día, así, dulcemente, por sobre la alfombra verde del mar o por sobre la lluvia de oro del sol hacia las lejanas tierras encantadas! Sin embargo, pronto comprendía la inutilidad de sus devaneos. No era más que una pobrecita de Dios, perdida en el mundo. Entonces se arrojaba sobre la arena, hundía el rostro entre las manos y comenzaba a llorar silenciosamente, como una ola que se deshiciere suavemente en un quejido. De repente ese llanto crecía, para estallar en gemidos y en gritos de dolor — furia viva de olas hirvientes y revueltas que cayeran desde la altura en torbellinos de espuma enfurecida. Del mar, su compañero eterno hace tantos años, le había venido, ciertamente, ese anhelo de amplitud desconocida y era rebeldía sin límites y aquella angustia incontinente.

Cierta noche, al regresar a su choza, después de embriagarse durante toda la tarde, el viejo la encontró desierta. Primero creyó que su hija estaría afuera, en las cercanías de la vivienda. La llamó una vez, dos veces, en forma continuada después, sin obtener respuesta. Regresó de nuevo a la habitación silenciosa y oscura, intrigado, clavando sus ojillos en las tinieblas, diciendo mientras se paraba la mano por la barba: “¿Qué es esto...?” sin hallar una explicación de aquel abandono.

Encendió un fósforo, resguardando la llama con la mano, contra el viento.

Cerca descubrió, contra el muro, el bañiquito donde la pequeña solía sentarse. Y el viejo se asustó, mirando todo con asombro, en un enorme esfuerzo por comprender. Fué entonces a buscar a la cocina la lamparita de querosén. La encendió y se dirigió a la habitación de su hija. Al verla también vacía, en un gran desorden — las piezas de ropa tiradas por todos los rincones y el baúl abierto — a pesar de la embriaguez, terminó en-

tendiéndolo todo, y llorando, cayó de rodillas en el suelo: la mujer huyó con un soldado; la hija huyó ahora — ¡sabe Dios con quién! Era su suerte.

Comenzó a sollozar en voz baja, en una gran ternura conmovida, con las ideas revueltas por el alcohol. Y balbuceaba como en un rezo, con infinita dulzura, el nombre de la hija que lo abandonaba. La llamaba tiernamente, tiernamente, de la misma manera que cuando era pequeña y él la alzaba en sus brazos al tiempo que le cantaba el “Sierra, sierra Serrador”, para hacerla reír. Lleno de rabia, repentinamente, el viejo se irguió con esfuerzo y apoyándose en la pared, comenzó a caminar hacia afuera.

El viejo dio algunos pasos por la playa y comenzó a gritar por su hija, con una voz grande, cargada y ronca:

—¡Rosa...! ¡Rosa...! ¡Rosa...!

Nadie le respondió, sin embargo, en el silencio de la noche. Tambaleándose, inició el camino en dirección al poblado.

Cerca, en la mitad del camino angosto, negreaban los arrecifes, traspasados por las olas grandes. La marea llena, imponente marea de enero, que ya lo había asustado al dirigirse a su choza, negaba ahora hasta la colina, en embates furiosos, como si ansiara subir hasta el cerro. En el roquedal las olas producían un ruido formidable y se deshacían en forma aterradora, llenas de espuma.

El viejo nada veía ni se fijaba en nada. Seguía siempre adelante.

De repente, a pocos pasos, una lengua de agua, como un dardo líquido, lanzado por el océano, estalló en la arena, y precipitándose por la escarpa fronteriza se replegó sobre sí misma.

El pescador quedó atónito, como si por primera vez hubiese notado la resaca alborotada. Con cara de idiota, fija en el mar la mirada, musitó:

—¡Oh, diablo! ¡De modo que tú también has bebido? Y se echó a reír, con risa mal estudiada, hasta quedar sin respiración. Comenzó a toser y con las manos puestas sobre el pecho, sorbió el aire fresco.

Ya sereno y próximo al codo de la isla, se dispuso a subir, no sin gran trabajo, por la primera roca.

A su lado, en batalla desenfadada, las olas se arrojaban al encuentro de las rocas y se replegaban con estruendo fantástico. A veces subían hasta la misma cresta, coronadas de espuma, en un estallido de ruinas quemadas. Perdido en la tiniebla espesa, bloqueado

por el temporal, el hombre, ya medio libre de la acción del alcohol, continuaba su ascensión a tropezones, dando saltos. Agachado, o erguido pasaba de un peñasco a otro y siempre, sin una tregua, el mar rugiente a su espalda, a su frente, abajo, a los lados, por todas partes, en un estrecho asedio empapando su cuerpo aturdiéndolo con su aullido, gritando la furia portentosa de sus ansios rebeldes. De pronto, el viejo se detuvo. No podía continuar. El camino, a su frente, estaba invadido y llegaban hasta él el retumbar de las olas pasando sobre las rocas, yendo a romperse contra el arenal. Quiso retroceder. Apoyadas las manos en un ángulo, los pies en otro, saltó del escollo en que estaba, con esfuerzo enorme.

Por un momento el mar pareció calmarse, blanco de espuma. Pero fué sólo un momento. Manuel se detuvo, mesándose la barba desgreñada y húmeda, otra vez asustado, casi llorando. Era imposible también avanzar por ese lado: El mar le cortaba toda retirada. Y quedó enteramente cercado, mirando a su alrededor, con un gesto de desesperado.

Repentinamente una ola gigantesca, alta y negra como la muralla de un fuerte, se irguió ante él, a pocos pasos.

El pobre la miró aterrado, alucinado por un tremendo pavor, al tiempo que pretendía subir de nuevo al peñasco de donde había descendido. Con voz estrangulada, en la que puso toda la suprema desesperación, gritó desvariado:

—¡Miren eso...!

Pero al mismo tiempo la ola se había deshecho, estrepitosamente, contra la base de la roca. Alrededor y abajo había un remolino de masas líquidas, hinchadas e hirvientes, espumantes. Y en trágicos torbellinos, lanzando bramidos, revueltas, como en un feroz galopar de baguales, las olas ganaron la altura y lavaron el peñasco el que el hombre hubiera, derribándolo. De un golpe la ola lo arrebató de la roca, arrojándolo contra la duna cercana. Y la misma ola, invencible, volvió a tomarlo, bamboleándolo como una cosa muerta, rasgándole las carnes contra las púas de piedra, hasta llevarlo hacia el mar.

Manuel no había proferido un grito ni había hecho un gesto siquiera. Todo había terminado para él al distinguir la ola. Y muerto ya, rodó por el peñasco, cayó sobre la arena dura, sumiéndose finalmente en la boca del infierno abierto bajo sus pies.

Ilustraciones de JUAN CARLOS HUERGO

Herman Lima.



“Ya las miradas del público no pueden producirme inquietud, gracias a ‘Racé’”

Gracias a su piel libre de vello puede afrontar confiada las miradas del público

Un nuevo descubrimiento sirvió de base a la elaboración de un producto que elimina el vello en 2 minutos — sin ardor, sin olor, — y aleja indefinidamente la posibilidad de que el vello vuelva a crecer.

Cuando Ud. se despoja de su salida de baño o pijama de playa y la piel desnuda queda expuesta a las miradas del público, sólo podrá usted afrontarlas si ni el menor rastro de vello la ensombrece. Ahora la destrucción definitiva del vello se convirtió en realidad. Un polvo tan fino como polvos de tocador y que se llama “Racé”, lo destruye en forma fácil y agradable. “Racé” está hecho con vegetales y exento de cualquiera de los cáusticos que se emplean en la elaboración de depilatorios antiguos. Por eso no huele, ni irrita la piel. Su uso permite extinguir todo el vello de una sola vez, en dos minutos, por extensa que sea la superficie de piel cubierta con él. Para usarlo, simplemente Ud. moja con agua común la piel a depilar y la empolvorea con “Racé”. A los 2 o 3 minutos Ud. se lava o baña, y el agua se lleva todo el vello. También puede aplicarlo en forma de pasta, mezclando el polvo “Racé” con un poco de agua.

El vello no vuelve a crecer

“Racé” hace algo más que eliminar el vello de la superficie de la piel. Sus principios activos penetran hasta los bulbos y los destruyen. Así queda excluida, o al menos alejada indefinidamente, la posibilidad de que el vello vuelva a crecer. Si después de mucho tiempo de haber usado “Racé” apareciera nuevo vello en el mismo sitio, no habrá nada de puntas filosas; será débil e incoloro. Una o dos aplicaciones más y el vello no volverá nunca. Úselo y cuente los resultados a sus amigos.

“Racé” se vende en las principales tiendas, farmacias y perfumerías y en la sucursal uruguaya de los

Racé LABORATORIOS VINDOBONA
Andes 1338—Piso 3.º—Montevideo
EL PERFECTO
DESTRUCTOR DEL VELLO.



Pasando la mano por la piel, ni el menor vestigio de vello puede palpase.

Exterior



Notas de la
dramática noche
del 6 de febrero en
París.

La lucha reciente del pue-
blo francés con la policía.



Tarzan

por EDGAR RICE BURROUGHS

"HIJOS
DEL SOL"



CUANDO LOS REVOLUCIONARIOS SE INTERNARON
EN LA SELVA PARA CAPTURAR A
TARZAN, EL MONO DHITI ESTABA
JUGANDO.



RÁPIDAMENTE CORRIÓ A AVISAR
AL HOMBRE MONO, QUE DORMÍA.



TARZAN REUNIÓ A SUS MONOS Y MARCHARON
POR LA ARBOLEDA.



LLEGADO A UN SITIO OPOR-
TUNO, LANZO AL AIRE EL ES-
CALOFRIANTE ALARIDO DEL
MONO MACHO.



LOS MONOS A CORO
REPITIERON EL
ALARIDO.



NUMA, EL LEÓN, SE
DESPERTÓ Y SU RU-
JIDO SE AGREGÓ A
LOS GRITOS DE LOS
MONOS.



LOS AULLIDOS REPERCUTÍAN POR LA SELVA Y LA
MULTITUD COMENZÓ A ASUSTARSE.



DESPAVORIDOS LOS EGIPCIOS INICIARON UNA HUI-
DA DESATENTADA.



DE PRONTO OYERON UNA VOZ, QUE SIN PODER PRE-
CISAR DE DONDE SALÍA LES DIJO: "SEGUIDME, QUE
OS CONDUCTIRÉ A SITIO SEGURO; DE LO CONTRA-
RIO LAS FIERAS OS DEVORARÁN."



EL QUE HABLABA ERA
TARZAN, OCULTO EN LOS
ARBOLES; EN SEGUIDA
MANDÓ A DHITI A AVISAR
AL PRÍNCIPE Y A LA PRIN-
CESA.



LOS HOMBRES SEGUÍAN A SU GUÍA INVISIBLE
HASTA QUE LLEGARON DONDE ESTABAN TU-
TAMKEN Y NIKOTRIS, JUSTAMENTE CUANDO
EL SOL SALÍA. TARZAN APARECIÓ DE UN
SALTO ENTRE ELLOS Y EXCLAMÓ: "VED A LOS
HIJOS DEL REY DEL SOL; POSTRAOS Y ADO-
RADLOS!" Y LOS ASUSTADOS REVOLUCIONA-
RIOS SE INCLINARON FERVOROSOS ANTE
LOS HIJOS DEL FARAÓN QUE ELLOS MIS-
MOS HABÍAN SACRIFICADO.

EL DIA



RAFAEL GARCIA Y SU COMPASERA, EXCELENTE PAREJA DE BAILARINES